

## EPOCA DEL IMPERIO ROMANO.

568.

PROFETIZA LA SIBILA Á AUGUSTO, LA VENIDA DE CRISTO.

(De Juan de la Cueva.)

Viendo Octaviano Augusto  
Que el gran imperio romano,  
Por ensalzar su memoria  
Y hacerle mas que humano,  
Le edificaban altares  
Cual á Jove soberano,  
Estorbó su intento en esto,  
Y á su obra fué á la mano,  
Diciendo que sus hazañas  
No eran hechas por su brazo,  
Sino que los altos dioses  
Le aspiraban en tal caso,  
Y que no podía alcanzar  
Cuál dios fuese el señalado,  
Que tantas prosperidades  
Sin merecerlas le ha dado.  
Andando en aquesta duda,  
En este inmortal cuidado,  
Mandó llamar la Sibila  
Que se lo haya declarado.  
La Sibila tiburtina  
Habiéndole el Rey contado  
Toda la duda en que estaba  
Le respondió:— Octaviano,  
No atribuyas á tu nombre  
Lo que al Imperio Romano  
Has dado, poniendo á España  
En el yugo italiano,  
Y pacificar el mundo  
Teniéndolo todo llano:  
Obras son, que bien miradas  
Son de poder soberano.  
No te engañes, claro Augusto,  
Ni aquesto te haga ufano,  
Ni te atribuyan á ti  
Lo que no es de mortal mano;  
Ni á tus dioses se lo apliques  
Porque tambien es muy vano;  
Que un solo Dios es la causa  
Y este es quien te ha ayudado,  
El cual nacerá muy presto  
Siendo Dios hecho hombre humano,  
Y nacerá de una virgen  
Reservada de pecado.  
Viene á libertar el mundo  
De la fuerza del tirano:  
Desterrará al falso Jove,  
A Mercurio, á Febo y Jano,  
Pacificando la tierra,  
Cual dél es profetizado.—  
El emperador Augusto,  
Que á la Sibila ha escuchado,  
Le dice que se le aclare,  
Que no entiende lo hablado;  
Ni podía alcanzar quién fuese  
El que ha de ser humanado,  
Que ha de redimir el mundo,  
Ni la virgen sin pecado.  
La Sibila oyendo aquesto  
Al emperador romano,  
Hincándose de rodillas  
Y levantando las manos,  
Dijo:— ¡Oh Hacedor del cielo,  
Rector del concilio santo!  
Tu inmensa misericordia  
Muestre aquí su larga mano,  
De suerte que sea creída  
Del príncipe Octaviano.—  
Como la sacra Sibila  
Su plegaria hubo acabado,  
Al punto se vió en el aire,

Todo claro y sosegado,  
Una luminosa imagen  
Con resplandor soberano,  
Que era la sagrada Virgen  
Madre de Dios humanado,  
Dando su virginal pecho  
Al Hijo Dios hecho humano.  
La tiburtina Sibila  
Le señala con la mano,  
Que aquella era la figura  
De quien á él hacia ufano.  
El emperador Augusto,  
En el suelo arrodillado,  
Adoró la sacra imágen,  
Y mandó al pueblo romano  
Que en aquel lugar pusiesen  
El altar á él consagrado,  
Al cual le llama Ara Celi  
Hoy dia el pueblo cristiano.

(CUEVA, *Coro Febéo*, etc.)

569.

LA MUERTE DE SÉNECA.

(Anónimo.)

Nero, emperador de Roma,  
De muy gran ira indignado,  
Como siempre fué cruel,  
A Séneca ha aprisionado;  
Sin ver qu'era su maestro  
A muerte le ha condenado.  
Séneca como hombre sabio  
El mismo se ha sentenciado  
Que le pongan vivo en cueros  
En un palo seco atado,  
Y que por todas sus venas  
De presto fuese sangrado,  
Y d'esta suerte muriese  
Sin poder ser remediado.  
Como Paulina lo viese,  
Su mujer, puesto en tal grado,  
Por ser fértil, noble y buena  
Como tanto le había amado,  
Hizose sangrar tambien  
Por morir junto á su lado.  
Como lo supiese Nero,  
Muy de presto hubo mandado  
Por no usar de piedad,  
Que á Paulina hayan atado  
Las llagas porque no muera,  
Ni tal se haya divulgado.  
Sin ella haber sentimiento  
Las heridas le han atado.  
Vivió, despues de ser muerto  
Su marido tan nombrado,  
Algunos años, muy pocos,  
Amarilla y con cuidado,  
Que bien demostró el dolor  
Qu'en su cuerpo había quedado.

(Cancionero, *Flor de enamorados*.)

570.

MUERTE DE LUCANO.

(Anónimo.)

No admite el César disculpa  
De aquel español gallardo,  
Que del primero y su yerno  
Escribió el farsalio estrago;  
Aquel cuya digna sien  
Abrazó el glorioso lauro,  
Y á quien el castallo coro  
Dotó con abierta mano.  
La rigurosa sentencia  
Está ya echada, y el fallo,  
Cuya dura ejecución

Es ya sin ningun reparo.  
Lámale traidor sin fe,  
A sus mercedes ingrato,  
Origen de rebeliones  
En su imperio sosegado.  
Dícele que escoja muerte  
Porque un tiempo le fué grato;  
Mas ninguna le contenta,  
Que es un escoger pesado.  
Pero visto que era fuerza  
Y decreto de los hados,  
Por la ménos grave elige  
La del morir desangrado,  
Y así las venas le abrieron  
A hierro, por cabos varios,  
Cuyas corrientes miraba  
Con semblante débil, flaco,  
Acompañado de muchos  
Condolidos, que con llanto  
Atentamente escuchaban  
Su tragedia y postrer canto.

— No del partido Licida  
Cuando á la nave se asió  
Por tantas partes salió  
Aquella ánima oprimida.

¿Por cuál de tantas vendrá  
A salir la triste mia?

No por una sola via,  
Que abiertas mil hallará.

Será el tormento mayor  
Y á costa de mi penar,  
Deteniéndose en buscar  
Por donde saldrá mejor.

Ya en lo que era me resuelvo,  
Y á la poderosa mano,  
Que hizo de tierra á Lucano,  
Lucano de tierra vuelvo.

Tambien á fortuna pago,  
Tome allá su vario adorno:  
Si lo que me dió le torno,  
¿En qué no la satisfago?

No estimo el morir en nada  
Porque al fin cuando nací  
Con una deuda salí,  
Cuya paga es ya llegada.

De privanzas no me curo,  
Que son cual el mar instable,  
Ya quieto, ya variable,  
Do no hay momento seguro.

Cual Cisne cantando muero  
En la agradable ribera,  
Donde de mi primavera  
Coge el tierno fruto Nero.—

Quiso pasar adelante,  
Y es, aunque se esfuerza, en vano,  
Que llegó á la débil cuerda  
De la Parca el golpe airado.

Manda que con pompa el César  
Dén sepultura á Lucano,  
Y que por mejor lo fuesen  
Sus vergeles celebrados.

(Romancero general.)

571.

NERÓN DESDE TARPEYA MIRA Y SE GOZA EN EL INCENDIO DE ROMA.

(Anónimo.)

Mira Nero, de Tarpeya  
A Roma cómo se ardia:  
Gritos dan niños y viejos,  
Y él de nada se dolia.  
El grito de las matronas  
Sobre los cielos subia;  
Como ovejas sin pastor  
Unas tras otras corrian,  
Perdidias, descarriadas,

Llorando á lágrima viva.  
Todas las gentes huyendo  
A las torres se acogian;  
Los siete montes romanos  
Lloro y fuego los hundia.  
En el grande Capitolio  
Suenan muy gran vocería:  
Por el collado Aventino  
Gran gentio discurría,  
Y en Cabalo y en Rotundo  
La gente apenas cabia.  
Por el rico Coliseo  
Gran número se subia;  
Lloraban los dictadores,  
Los cónsules á porfia;  
Daban voces los tribunos,  
Los magistrados plañian,  
Los cuestores lamentaban,  
Los senadores gemian.  
Llora la órden ecuestre,  
Toda la caballería,  
Por la crueldad de Neron,  
Que lo ve con alegría.  
Siete dias con sus noches  
La ciudad toda se ardia;  
Por tierra yacen las casas,  
Los templos de tallería.  
Los palacios mas antiguos,  
De alabastro y sillería,  
En ceniza van por tierra  
Los lazos y pedrería;  
Las moradas de los dioses  
Han triste postrimería.  
El templo capitolino  
Do Júpiter se servía,  
El grande templo de Apolo,  
Y el que de Mars se decia,  
Sus tesoros y riquezas,  
El fuego los derretía.  
Por los carneros y osarios  
La gente se defendía.  
De la torre de Mecénas  
Lo miraba todo y via  
El ahijado de Claudio  
Que á su padre parecía,  
Que á su Séneca dió muerte;  
El que matara á su tia;  
El que ántes de nueve meses  
Que Tiberio se moría,  
Con prodigios y señales  
En este mundo nascía;  
El que persiguió á cristianos,  
El padre de tiranía,  
De ver abrasar á Roma  
Gran deleite rescebía.  
Vestido en cénico traje  
Decantaba en poesía.  
Todos le ruegan que amanse  
Su crueldad y su porfia:  
Diopro le rogaba,  
Esporo lo combatía,  
A sus piés Rubria se lanza,  
Acre los besa, y Lamia;  
Claudio Augusto se lo ruega,  
Ruégaselo Mesalina;  
Ni lo hace por Popea,  
Ni por su madre Agripina;  
No hace caso de Antonia,  
Que la mayor se decia,  
Ni del padre y tio Claudio,  
Ni de Lépida su tia.  
Anco Planio se lo habla,  
Ruño se lo pedia;  
Por Británico, ni Tusco  
Ninguna cuenta hacia.  
Los ayos se lo rogaban  
El tonsor, y el que tañía;  
A sus piés se tiende Octavia,  
Esa que ya no quería;

Cuanto mas todos le ruegan,  
El de nadie se dolia.

(VELAZQUEZ DE AVILA, *Cancionero*, folleto suelto. —  
It. *Cancionero de Romances*. — It. *Silva de varios Romances*.)

Por su lenguaje y formas, no parece que este romance pueda ser anterior a los fines del siglo xv ó principios del xvi, y aun quizá sea algo posterior. Como quiera que sea, el tono melancólico que en él se percibe, es muy propio y conveniente al asunto de que trata. La gran catástrofe que describe sin ira ni indignación, y en tono resignado, parece que se mira como un azote inevitable del destino. Así aparece Neron como la inexorable fatalidad que preside al incendio de Roma, gozándose en ver destruida á aquella reina del mundo, y cantando sobre sus ruinas el poema de su desgracia. Ni los ruegos de los principales romanos, ni las súplicas de sus mas allegados parientes, ni aun la intercesion de los viles cortesanos, cómplices de sus crímenes, le pueden apartar de su porfía. El tirano, que aquí el poeta presenta rodeado de sus atroces crueldades, que enumera y resume en torno suyo, es la imagen del hado fatal, es la ausencia de toda esperanza. Para hacer el cuadro mas completo, el autor ha pintado la terrible situacion del pueblo romano, y el miedo y azoramiento de sus autoridades, enumerando, quizá con excesiva pedantería, los títulos y nombres de ellas, que á pesar de todo, recuerdan las glorias pasadas de un pueblo rey y libre, que forma el mas triste contraste con su degradacion y esclavitud en tiempos de sus emperadores. Triste cosa es decirlo, pero Tiberio, Claudio, y especialmente Neron, como entre nosotros Don Pedro el Cruel, han gozado siempre entre la gente popular de una opinion favorable, y han sido disculpados de sus crueldades. Este fenómeno solo puede atribuirse á que esgrimiendo particularmente su cuchillo contra los poderosos y opresores del pueblo, este se complacia en ver rodar sus cabezas. Casi siempre las tiranías se apoyan en los hombres del pueblo, á quienes los tiranos halagan y hacen cómplices de sus crímenes. Pero llega el día tambien de ser víctimas, y en que los ayes de la desgracia resuenan en su oído. Entonces el pueblo derroca el ídolo que adoró, para llorarle despues y ensalzarle. El romance, tal cual aquí se halla, se ha entresacado de una glosa que de él existe en un cuaderno en 4.º gótico, cuyo título se ignora por faltarle la portada, y al cual he intitulado *Cancionero de VELAZQUEZ DE AVILA*, por inferirse, de algunas de sus composiciones, que tal podía ser el nombre del autor.

572.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Miraba desde Tarpeya  
Aquel romano soberbio  
El principio de su gusto,  
Y fin de todo su imperio;  
Y como está tan subido  
Miraba á Roma de lejos,  
Si ella en el infierno estaba,  
O en ella estaba el infierno.  
Todo es llanto, todo es humo,  
Todo llamas, todo incendio,  
Todo enmudecer los unos,  
Y otros dar voces, diciendo:  
«Agua al fuego, agua al fuego,  
Mas ay que es mucho, y poco es el remedio.  
Y Neron desde arriba  
El llanto vuelve en canto, el fuego en risa.»  
No puso naturaleza  
En él los cuatro elementos,  
Que del fuego le formó,  
Pues tanto gusta del fuego:  
Paula Agripina y Antonia,  
Le ruegan con llanto inmenso;  
Mas es cruel, y al cruel  
Mas le endurecen los ruegos.  
Las Vestales recogidas  
Viendo ardiéndose sus templos,  
Rompen la clausura santa  
Diciendo con pechos tiernos:  
«Agua al fuego, etc.»

(Romancero general.)

573.

MUERTE DE HELIOGÁVALO.

(Anónimo.)

Fué un emperador en Roma  
HelioGávalo llamado,  
Qu'en oír sus extrañezas  
Cualquiera estará espantado.  
Holgó tanto ser mujer,  
Que por serlo hubo juntado  
Los mas sabios cirujanos,  
Permitiendo de su grado  
Que cortasen de sus miembros  
Con su oficio experimentado  
En que le dejasen hábil  
De nombre sin ser dañado.  
Como el caso era imposible  
Todo su hecho fué excusado.  
En carro se hacia traer  
De oro fino muy labrado,  
Y que perros le tirasen:  
Otras veces dispensado  
Leones mansos tiraban  
El carro do iba sentado.  
Otras veces él, desnudo,  
En el carro aposentado  
Hacia juntar mujeres  
De buen gesto y delicado,  
Que desnudas le tirasen  
Porque fuese mas mirado,  
Y de limaduras de oro  
Por do iba era sembrado,  
Porque no pisase tierra.  
Su vestir era extremado:  
Vestía vestidos de oro,  
De perlas todos bordados;  
Piedras de muy alta estima  
Las traia hasta el calzado.  
Nunca vistió una camisa  
Dos veces, como alunado:  
Vaso en que una vez bebia,  
Ya á la otra era excusado,  
Que al que le daba á beber  
Prontamente lo habia dado.  
Alumbrarse tenia en poco  
Con cera, como era usado,  
Que en sus lámparas tenia  
Bálsamo muy estimado,  
Qu'en lugar de aceite ardia  
A do estaba aposentado.  
Costosísimos manjares  
Siempre se hubo procurado;  
Cena que menos costó  
Para su servicio dado  
Fué de treinta libras de oro,  
Qu'es cosa d'estar helado.  
Cuando estaba cerca el mar  
Nunca comia pescado;  
Cuando estaba lejos d'él  
Lo pedia, de forzado:  
Se lo habian de dar vivo  
Antes que fuese guisado.  
Tenia para su fin  
Muy apuesto y concertado,  
Si en necesidad se viese  
Por su morir extremado,  
Sogas de oro y sedas hechas  
Para ser presto ahorcado.  
Hizo una extremada torre,  
Con oro en ella engastado,  
Para arrojar de allí  
A caso necesitado.  
Pero todos sus extremos  
Fuéron vanos, que irritado  
El pueblo con lo que hacia  
Contra él se fué rebelado.  
Sin dalle espacio ninguno  
De muerte haberse tomado

Huyó; y en una letrina  
Murió este malhadado.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

574.

SOFRONIA.

(Anónimo.)

Siendo emperador Majencio  
Qu'en la gran Roma imperaba,  
Se enamoró de Sofronia,  
Se en calidad s'encumbraba,  
Qu'en calidad s'encumbraba,  
Mujer era de hombre noble,  
El cual ella mucho amaba.  
Majencio, preso de amores,  
A Sofronia requebraba  
Con importunos mensajes  
Y dones que l'enviaba:  
Sofronia, como discreta,  
Todo se lo desdennaba,  
Conociendo esto Majencio,  
Que ningun fruto sacaba,  
Envió sus caballeros  
Que la trujesen do estaba,  
Y dos á casa son idos  
A do Sofronia moraba:  
Dijeronle allí el por qué  
Majencio los enviaba.  
Sofronia, turbada y triste,  
A su marido explicaba  
El por qué el Emperador  
Con aquellos la llamaba.  
El marido muy turbado  
De oír lo que le contaba  
No sabiendo qué remedio  
Poner en cosa tan brava,  
Porqu'el Emperador era  
Muy tirano en cuanto obraba,  
Dijo: — Mujer, gran fortuna  
Es esta que nos cercaba,  
Que si rehusais lo dicho  
Muerte nos desafiaba! —  
Oído esto por Sofronia,  
Y que así remorizaba,  
Determinó de morir  
Ella, pues que lo causaba.  
Junto con los mensajeros  
D'esta suerte les hablaba:  
Que s'esperasen un poco  
Mientras ella se adrezaba  
Para ir ante Majencio,  
Que descompuesta se hallaba.  
Entrada en su retraimiento  
En tierra se arrodillaba:  
Allí el cuerpo y castidad  
A su Dios sacrificaba  
De tal suerte, que un cuchillo  
Por su casto cuerpo hincaba.  
Estando para espirar,  
Que ya casi se finaba,  
Hizo entrar los caballeros  
Allí adonde habitaba;  
Mostrando sus llagas dijo  
Que la razon la forzaba:  
—Decid al tirano vuestro,  
No señor, pues mal reinaba,  
Que d'esta suerte se cumple  
El deseo que mostraba.  
En las muy castas matronas,  
Cual aquí significaba.  
Así murió esta mujer  
Casta como se preciaba.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

575.

EL VILLANO DEL DANUBIO.

(De Lucas Rodríguez.)

Por esas puertas romanas  
Entra un rústico villano;  
Zapato ni zaraguille  
En su vida no ha calzado.  
Unas abarcas calzaba  
De un perro mal enlanado;  
Un sayo lleva berrendo  
Y un jubon desabrochado:  
Cinto de juncos marinos  
Lleva á su cuerpo apretado;  
En el hombro su capote,  
Y el dedo al cinto agarrado:  
En su mano una acebuché  
Cachituerto y mal labrado;  
La barba toda revuelta,  
El cabello apelmazado:  
No llevaba caperuza,  
Porque nunca la ha usado;  
Al cinto puesto un esqero,  
Como siempre ha acostumbrado;  
La piedra, yesca, eslabon  
Llevaba dentro el villano;  
Sus ojos verdes, pequeños,  
El color todo tostado:  
Y como entrase por Roma,  
Pregunta dó está el Senado.  
Viéndose delante d'él  
De aquesta suerte ha hablado:  
— A mi llaman Juan Melendro,  
Melendro yo soy llamado;  
Nací ribera del rio,  
Que el Danubio era llamado;  
Enviastes capitanes,  
Hannos la tierra estragado;  
No queremos ya mujeres,  
Ni queremos ser casados,  
Ni pagar tributo á Roma,  
Ni á Roma ser tributarios.  
Las rodillas en el suelo,  
Con un cuchillo en las manos:  
— Señores que sois presentes,  
Dijo, si á alguno he injuriado,  
Mandad, con este cuchillo,  
Que yo sea degollado.  
Viendo tal, los senadores  
Por senador lo han alzado.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

## EPOCA DEL BAJO IMPERIO Y DE LOS BARBAROS.

576.

ROSIMUNDA Y ALBOYNO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Habiendo Alboyno vencido,  
Señor de los longobardos,  
A Chinimundo en batalla,  
Rey de los gírpidas bravos,  
Cortándole la cabeza,  
Mandó hacer de su casco  
Una copa guarnecida,  
En que beber de ordinario,  
Por vanagloria del triunfo,  
Que alcanzó de su contrario,  
Pareciéndole que habia  
Ya con fortuna acabado,  
Y que la postrera vuelta  
En su favor habia dado  
Captivó en esta batalla,  
Primision del cielo y pago,  
A la bella Rosimunda,  
Hija del Rey degollado.

Casóse con ella Alboyno  
Viudo de ménos de un año,  
Ciego de amor, sin mirar  
En lo futuro algun daño;  
Que así conviene que esté  
Quien ha de ser castigado,  
Y el que ménos teme el mal  
Suele estar de él mas cercano.  
Vivió con su Rosimunda  
Algun tiempo Alboyno ufano,  
Y haciendo un día en Verona  
Un convite señalado,  
En el cual Alboyno estuvo  
Mas prudente que avisado,  
Hizo á Rosimunda diesen  
A beber con aquel vaso,  
Que por no la descubrir  
Hasta allí tuvo guardado.  
Bebió Rosimunda en él  
No sabiendo el caso extraño,  
A quien dice Alboyno: — Bebe,  
Huelga con tu padre amado,  
Que esa copa en que has bebido  
Es de su cabeza el casco. —  
Disimuló Rosimunda,  
Aunque con rostro alterado  
Dió en el primer movimiento  
Muestras de ánimo turbado;  
Pero sosegóse luego,  
Y con canteloso trato  
Ordenó dar muerte al Rey,  
Aquella afrenta vengando.  
Su honestidad posponiendo,  
Habló á Elmige, un cortesano,  
Que del Rey traía el estoque,  
Por mas querido y privado,  
En el cual halló aparejo,  
Diciendo: que si ayudado  
Fuese de alguna persona  
Moriría el Rey á sus manos,  
Y que hablase á Paradeo,  
Un caballero esforzado,  
Para que en el le ayude,  
Con que estaba el hecho llano.

Hablóle la Reina luego,  
Mas fué pretension en vano,  
Por lo cual visto, ordenó  
Para atraerle, un engaño;  
Y fué, que viendo que andaba  
Paradeo enamorado  
De una dama de las suyas,  
Con quien dormía ordinario,  
Entrando por una escala  
A deshoras en palacio,  
Pidió la Reina á su dama  
La deje su cuarto un rato.  
Luego Paradeo vino,  
Y despues de haber gozado  
De la Reina á su placer,  
Que era su dama pensando,  
Rosimunda se descubre  
A Paradeo, llamando  
De traidor, falso, insolente,  
Y que ha de morir, jurando  
Muerte cruel, si no hace  
Lo que le tiene rogado.  
Compelido Paradeo,  
Hizo con Elmige el trato,  
Y durmiendo Alboyno un día,  
Murió á las manos de entrambos.  
Huyó Elmige y Rosimunda  
A Ravena, donde estando  
Casados, se aficionó  
D'ella un Longinos Exarco,  
A quien oyó Rosimunda,  
Y de casarse tratando,  
Dió á Elmige veneno un día,  
Recien salido de un baño.  
Mas como á obrar comenzase,  
A una daga mano echando,  
A Rosimunda por fuerza  
Compelió á beber del vaso;  
Muriendo entrambos á un tiempo  
Por paga de sus engaños.  
Ved lo que de una mujer  
Hace el ánimo indignado!

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

## SECCION DE ROMANCES RELATIVOS A LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA.

### EPOCA DE ATANAGILDO.

577.

MILAGRO DE UN CRUCIFIXO Á QUIEN ULTRAJÓ UN JUDÍO.

(De Lorenzo de Sepúlveda <sup>1</sup>.)

Atanagildo, rey godo,  
De España el reinado había;  
Hace bien por Jesucristo;  
Gran creencia en él tenía.  
Contarás aquí un milagro  
Que en su tiempo acontecía.  
Un judío entró en un templo  
Llamado Santa María;  
En él está un crucifijo  
Muy pequeño en demasia:  
El judío lo firió  
Con un dardo que traía,  
Y á excusa de los cristianos,  
So el vestido lo metía  
Para quemarlo en su casa;  
Mas cuando lo descubría,

Traía todos sus paños  
Sangrientos de la ferida,  
Que le dió al crucifijo:  
¡Muy gran pavor le ponía!  
No lo osara quemar,  
Mas escondido lo había.  
Los cristianos no lo hallan  
Allí donde estar solía:  
Hallaron rastro de sangre,  
Y por el rastro seguían  
Hasta dar en la posada  
Donde el judío vivía:  
Halláronlo por la sangre,  
Que mucha estaba vertida.  
Volviéronlo á la iglesia,  
Y al judío lo prendían:  
Vivo lo apedrearon  
Por el delito que hacía.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

<sup>1</sup> Hé aquí uno de los muchos malos romances cuyo asunto está tomado de los cronicones; pero que de acuerdo con los códigos, demuestra el odio que de inmemorial se tenía contra los judíos, y los medios atroces que se usaban para concitar al pueblo contra ellos, y obligarlos al fin á entregar sus tesoros

ros al gobierno, que alternativamente los tiranizaba, los estrujaba, ó los ensalzaba. Todos nuestros códigos están llenos de leyes contra la raza de Abrahán, aunque tal vez hay algunas hechas para favorecerla, ó mitigar sus males. Expelidos muchas veces, vueltos á llamar por el dinero que derramaban, y las necesidades del gobierno ó de los grandes, fueron al fin para siempre desterrados, y la Inquisicion regularizando las persecuciones, sacándolas de manos de los motines populares, consiguió el objeto que se propuso el gobierno de acabar con una raza á quien se la obligaba á la usura mas escandalosa, puesto que el dinero era su sola defensa. ¡Y quién se atreverá á decir si hemos ganado ó perdido en la expatriacion de esa raza tan perseguida? Lo cierto es que ahora los grandes capitalistas en dinero, aunque cristianos, usan de él quizá con mas dureza, y de cierto con mas escándalo, que los judíos. Los contratos de los particulares y de los gobiernos apurados y sin crédito, en el día, ¿son ménos onerosos é inmorales que los anteriores, por mas que los que los hagan sean católicos romanos? Si el anterior romance da una idea de las preocupaciones de la vieja sociedad, la nota prueba que aunque bajo distintas formas, la nueva sufre algunas veces iguales escándalos. El *Auri sacra* James es de todos los tiempos.

### EPOCA DE VAMBA.

578.

ELECCION DE VAMBA POR REY DE LOS GODO.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

En el tiempo de los godos,  
Que en Castilla rey no había,  
Cada cual quiere ser rey,  
Aunque le cueste la vida.  
Sabíendolo el Padre Santo,  
Que en santidad florecía,  
Pusiérase en oracion,  
Rogando en su rogativa  
Que le revelase Dios  
Quiéu sería rey de Castilla.  
Por su profunda humildad  
Reveládoselo había,  
Que el rey que ellos esperaban  
Su nombre Vamba sería,  
Y lo habían de hallar arando  
Cerca de la Andalucía,  
Con un buey blanco y cereño  
Y un prieto en su compañía.  
Todo esto el Padre Santo  
A los godos lo decía.  
Los godos, siendo informados,  
Cada cual se departía:  
Allá le van á buscar,  
A do ballarse presumía.  
Un día, estando los godos  
Cansados en demasia  
De ir á buscar á Vamba,  
Volviendo sin alegría,  
Vieron venir una dueña  
Por una cañada arriba,  
Con una canasta al hombro,  
Y estas palabras decía:  
— Venid ya, Vamba, á comer;  
Desuncid, qu'es mediodía. —  
Los godos, cuando lo oyeron,  
Luego á Vamba se venían;  
Las rodillas por el suelo,  
D'esta manera decían:  
— Dénos las manos tu Alteza,  
Con amor y cortesía. —  
Vamba, atónito, espantado,  
Temblando, así respondía:  
— No me matédes, señores,  
No me quitédes la vida.  
— ¡De quitártela, rey Vamba!  
No es por tal nuestra venida,  
Sino á hacerte sabidor  
Qu'el Padre Santo que hoy día  
Rige la Iglesia romana,  
Por revelacion divina  
Supo, y nos dijo que Vamba

Nuestro rey nombre tenía,  
Y por tanto tú lo eres;  
No dudes, ten alegría. —  
Vamba, dudoso de oirlo,  
Una vara que traía,  
Ya despues de hincada en tierra,  
Estas palabras decía:  
— Cuando esta vara florezca,  
Yo seré rey de Castilla. —  
Aun no lo hubo bien dicho,  
La vara ya florecía.  
Llevan marido y mujer  
Do el consejo residia:  
A él le coronan por rey,  
A ella cual convenia.  
Este rey hizo en España  
Hechos de gran nombradía;  
Por él está la coyunda  
Puesta en reales de Castilla.

(TIMONEDA, *Rosa gentil.* — II. WOLF, *Rosa de Romances.*)

<sup>1</sup> Este romance es quizá de Juan de Timoneda.

579.

ENTRADA DE VAMBA EN TOLEDO PARA CORONARSE REY.

(Anónimo.)

Por la puerta del Cambron,  
Una de las mas nombradas  
Que adornan la gran Toledo,  
Imperial ciudad de España,  
Con grande acompañamiento  
Entra el valeroso Vamba  
A recibir la corona  
Con su mujer Doña Sancha.  
Por humildad quiso el Rey  
Que el alcaide de su alcázar,  
En vez de la espada lleve  
Delante de él su hijada.  
Hombres, niños y mujeres,  
Por balcones y ventanas,  
Mirando los santos reyes,  
Les dicen en voces altas:  
«Toledo, España por Vamba,  
»Y por la reina Sancha;  
»Y el Tajo les responde manso y ledo,  
»Unas veces España, otras Toledo.»  
La melena rubia el Rey  
Lleva compuesta, atusada,  
Porque no estorbe á los ojos;  
Peinada y ancha la barba.  
Sobre un vestido morado  
Con alcahofa de plata,  
A manera de tuson,  
Lleva una cruz colorada.  
La Reina, de tela verde  
Lleva una saya bordada;  
El cabello suelto al viento,  
La mitad á las espaldas:  
Donde llega el palafren  
Cubren el patio las damas  
De flores y bendiciones,  
Y dicen en voces altas:  
«Toledo, España por Vamba,  
»Y por la reina Sancha;  
»Y el Tajo les responde manso y ledo,  
»Unas veces España, otras Toledo.»

(Códice del siglo XVI.)

580

CASTIGA VAMBA AL REBELDE PAULO Y SUS SECUACES. — RESÚMEN DE LOS HECHOS DE DICHO REY. — SU ABDICACION Y MUERTE.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Esos nobles fuertes godos  
Por su rey alzan á Vamba,